

o "hechicerías", y relativas a los cultos andinos. No había llegado todavía la serie de campañas de extirpación de las "idolatrías" que se iniciaron a comienzos del siglo XVII, y este es un tema que requiere aún estudios, además del ya clásico libro de Duviols (1971) y del reciente de Marzal (1983).

La celebración del IV Centenario del último concilio de Santo Toribio de Mogrovejo ha sido así buena ocasión para ediciones documentales, y también para la aparición de estudios, como el de Marzal. En 1984 se recordará la edición de la doctrina cristiana que mandara elaborar el Concilio, y que fuera el primer impreso limeño; junto con la "Pragmática de los días del año" que lo precedió brevemente.

Franklin Pease G.Y.

LOCKHART, James. *El mundo hispanoperuano, 1532-1560*. Tr. de Mariana Mould de Pease. Fondo de Cultura Económica, México, 1982. 329 p.

Ahora, catorce años luego de haberse publicado la primera edición en inglés, los estudiosos de habla hispana cuentan con una versión en su propio idioma de esta importante obra del profesor James Lockhart (*). El libro representa sin duda una contribución muy significativa para la historiografía peruana, pues ofrece una primera visión de conjunto de la sociedad colonial en su etapa formativa, precisando el contexto social en que se desarrollaron los primeros colonizadores, sus ideas e instituciones. Las fuentes principales de investigación son los protocolos notariales del siglo XVI, especialmente los que se conservan en el Archivo General de la Nación, de Lima (el autor inclusive dedica la obra al escribano Pedro de Salinas). El texto de Lockhart

(*) Originalmente constituyó una tesis doctoral que, bajo el título de *Spanish Perú, 1532-1560. A portrait of Peruvian colonial society at its origin*, fue presentada en la Universidad de Wisconsin en 1957. La primera edición se tituló *Spanish Peru, 1532-1560. A colonial society* (The University of Wisconsin Press, Madison, 1968; 285 p.).

se complementa con un apéndice de cuadros estadísticos y un útil índice analítico, y se presenta en esta oportunidad a través de una clara traducción castellana preparada por Mariana Mould de Pease.

El libro contiene una descripción relativamente minuciosa de la sociedad hispánica que surgió en el Perú más o menos entre 1532 (llegada de Pizarro) y 1560 (fin del gobierno de Cañete), vale decir durante el período de conquista y guerras civiles. Apoyada en una abundante documentación, esta obra constituye un trabajo de historia social con mucho de trasfondo económico, y está organizada en una serie de capítulos que tratan sobre diversos grupos sociales: encomenderos, mayordomos, nobles, profesionales, mercaderes, artesanos, marineros, transeúntes, mujeres españolas, negros, indios. En cada capítulo se intenta mostrar un cuadro general de las características y funciones del respectivo grupo, así como esbozar la biografía de algunos individuos representativos.

La tesis que preside la investigación es que en el lapso de 1532 a 1560 se transfirió al Perú una sociedad española esencialmente intacta y completa; todos los estratos sociales y todas las regiones de la Península Ibérica tuvieron participación en la empresa colonizadora. Durante esos pocos años, en medio del caos político, logró edificarse una nación, con patrones económicos y sociales que habrían de tener posteriormente vigencia muy perdurable. De modo semejante a la colonización inglesa de Norteamérica —postula Lockhart—, el establecimiento del mundo hispanoperuano se caracteriza por la transferencia a otro continente de una reproducción de la sociedad tradicional, la que, si bien no es idéntica, contiene en germen todos los elementos sustanciales y es capaz así de reconstruir una civilización entera.

Habiendo salido de su patria en acción generalmente individual, los pobladores españoles asentados en el nuevo continente trataron de asociarse recurriendo a diferentes medios de cohesión: agrupamiento por profesiones, orígenes regionales, cofradías, relaciones de compadrazgo, etc. De esta suerte muchos usos y tradiciones del Viejo Mundo permanecieron inmodificados. También se conservaron por lo común las distinciones sociales

ibéricas basadas en el nacimiento y la ocupación, aunque al comienzo hubo un corto período de rápida movilidad social, que permitió el ascenso de sujetos de extracción humilde. Además, es interesante considerar que en el Perú se introdujeron dos nuevos principios de jerarquización: la antigüedad en la empresa de conquista y la posesión de una encomienda.

Por otra parte, hay que tener en cuenta la afirmación que hace Lockhart en el sentido de que la sociedad hispanoperuana estaba centrada netamente en lo urbano. (Pero era en el campo —encomiendas, estancias, minas— donde tenían lugar las actividades productivas que sostenían ese florecimiento de vida europea en las ciudades). Por consiguiente, los principales mantenedores del Perú hispánico habrían sido aquéllos que residían permanentemente en centros poblados, proporcionando estabilidad a su estructura; y en este sentido los grupos más importantes serían los encomenderos, los artesanos, las mujeres españolas y los negros. Para comprender mejor esta idea, conviene hacer un ligero repaso de la caracterización socio-económica que expone el libro.

Durante los primeros tiempos de la Colonia el sistema de encomienda funcionó como eje de la organización económica y social del país, fue el instrumento básico para la explotación de la mano de obra indígena. Tras los momentos iniciales, en que prácticamente todos los conquistadores fueron recompensados con el otorgamiento de indios, el acceso a una encomienda se convirtió en asunto cada vez más selectivo. En general, los criterios que tenían prioridad para la designación de encomenderos eran: antigüedad en la conquista, procedencia social, intervención en las guerras civiles y vinculación con gobernantes o personajes de la corte real. Era común que el dueño de un repartimiento desarrollase un régimen de vida de índole señorial, que tenía su núcleo en la *casa poblada* (adonde acudían siempre numerosos pania-gudos) y se basaba en diversas fuentes de ingreso. Para la administración de sus negocios los encomenderos se valían de los servicios de mayordomos, estancieros, mineros, cultivadores de coca y otros subalternos.

Según estima Lockhart, uno de cada diez peninsulares venidos a este país desempeñaba algún oficio artesanal (sastre, za-

patero, herrero, carpintero, albañil, platero, barbero-cirujano, boticario...). Los productos manufacturados por ellos hicieron posible que los colonos gozaran en su quehacer diario casi de las mismas comodidades que en su tierra, y el entrenamiento que se brindaba a los jóvenes negros e indígenas empleados como auxiliares en los talleres de artesanía significó uno de los principales medios de aculturación. En similar sentido, es significativa la presencia de gran número de mujeres españolas, quienes contribuyeron a impedir la extinción de ciertos elementos culturales básicos, como la lengua materna castellana. En cuanto a los hombres oriundos del África, cabe destacar que por su considerable magnitud —igual y aun superior a la población ibérica— y por su alejamiento respecto de los habitantes andinos, los esclavos negros cumplieron un papel trascendental en la sociedad hispanoperuana. Asimilados rápidamente a la cultura occidental, determinaron que el establecimiento de usos europeos fuese mucho más denso.

Además, en el Perú hispánico del siglo XVI tenían cabida algunos otros conjuntos sociales. La clase de los profesionales, por ejemplo, compuesta de religiosos, escribanos, abogados y médicos, constituyó un estrato intermedio, menos estable en su asentamiento que los encomenderos y artesanos, pero más que los nobles y mercaderes. Entre los individuos pertenecientes a la nobleza se distinguieron especialmente los hidalgos de origen provinciano, que fueron beneficiados (en razón de su estatus) con ricas encomiendas y con cargos importantes en la milicia y el gobierno municipal. En tanto, los mercaderes, dedicados sobre todo a la importación de artículos domésticos, caballos y esclavos, ocuparon un lugar bastante inferior, y a los marineros y extranjeros no les quedaba otra cosa que resignarse con posiciones en las márgenes de aquella sociedad. Por último, los transeúntes o *soldados* formaron un nutrido contingente de moradores inestables, poco interesados en labores productivas e inclinados más bien al crimen y a la sedición.

En lo referente a la población autóctona, el libro menciona únicamente a aquellos sujetos que tuvieron contacto con el mundo español. En esas primeras décadas del coloniaje la aculturación indígena se efectuó básicamente a través del sistema de encomienda, que obligaba a los tributarios a trasladarse periódicamente a las ciudades para entregar el tributo en especie y ofrecer su propia

fuerza de trabajo. En tales circunstancias los indios se alojaban en ranchos suburbanos, realizando faenas agrícolas y de construcción en beneficio de su encomendero y de otros europeos.

Para terminar, resulta pertinente observar que el estudio que comentamos tiene —como cualquier otra investigación— alcance limitado: enfoca sólo aspectos civiles de la sociedad peruana durante el período de conquista y se centra en la vida de los españoles y de los adscritos a la civilización hispana. Por ello, para obtener una imagen completa de la situación del país en esa época debemos servirnos complementariamente de lo que se ha escrito sobre aspectos militares, administrativos, eclesiásticos e intelectuales y sobre el comportamiento de los pobladores andinos después de la invasión europea. Con todo, la obra de Lockhart significa un aporte verdaderamente encomiable y valioso, que nos advierte respecto a la utilidad de emprender investigaciones similares en torno a otras etapas de la historia colonial.

Teodoro Hampe M.